BIBLIOTECA DRAMÁTICA

J. CAMPO-ARANA—J. FUENTES

LAS PENAS DEL PURGATORIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

LAS PENAS DEL PURGATORIO.

LAS PENAS
DEL PURGATORIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR LOS SEÑORES

DON JOSÉ DE CAMPO-ARANA

Y

DON JOSÉ DE FUENTES

Representada con éxito extraordinario en el teatro de Apolo
noche del 8 de Junio de 1878

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

PERSONAJES	ACTORES
ADELA..............	Sra. D.ª María A. Tubau.
BLANCA.............	Srta. D.ª Luisa Calderon.
DOÑA CÁNDIDA....	Sra. D.ª Adel.ª Zapatero.
CAROLINA (doncella).	" Vicenta Sierra.
PABLO...............	D. Ricardo Morales.
DON SEVERO........	Gabriel S. Castilla.
ALFREDO...........	Enrique S. de Leon.
DON PRUDENCIO...	Ricardo Guerra.
JUANITO............	J. Calvo.
UN PORTERO.......	F. Calvo.
UN CRIADO.........	E. Oliva.
UN MOZO............	N. N.
UN COCHERO.......	N. N.

Establecimiento tipográfico de J. C. Conde y Compañía, Caños, 1.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante, Puertas al fondo y laterales. Ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CÁNDIDA, BLANCA, ADELA, disponiéndose para salir; CAROLINA que les ayuda á vestir.

ADELA.
Conque ha descansado Vd. bien?

CÁNDIDA.
Sí. Niña, date prisa, no vayamos á encontrarnos con la misa mayor. (A Blanca.)

ADELA.
De aquí á las Calatravas hay poco trecho.

CÁNDIDA.
A las Calatravas!... Entonces no llegamos. Digo! Toda la Castellana y toda la calle de Alcalá!...

BLANCA.
Pero yendo en coche...

CÁNDIDA.

Ah! Es verdad. No me acordaba de que tenemos coche. Sarcasmos de la suerte!...

ADELA.

Vamos: yo ya estoy.

CÁNDIDA.

No tienes una banqueta?... Porque yo me canso... y el piso de la iglesia es tan duro...

BLANCA.

Como todos.

ADELA.

Que bajen la silla al coche. (A la doncella.)

DONCELLA.

Voy.

CÁNDIDA.

Aguarde Vd... Esta horquilla me pincha.

BLANCA.

Yo te la pondré bien.

CÁNDIDA.

Nó, deja: la chica me arreglará.

ADELA.

Está ya? Baje Vd. la silla.

CÁNDIDA.

Y podia irse delante y aguardarnos en la iglesia.

BLANCA.

Para qué?

CÁNDIDA.

Por si nos hacia falta... Un desgarron... Cualquier cosa... Verdad, Adela?

ADELA.

Bueno; pero no creo...

CÁNDIDA.

Ah! Si tú no lo crees necesario, nada... No haya yo venido á perturbar...

ADELA.

Nó, pero si no importa... Carolina, póngase Vd. la mantilla, y espérenos en las Calatravas.

DONCELLA.

Está bien, señora. (Váse.)

CÁNDIDA.

Pero, y Severo? Pobrecito! Qué viaje! Cuánto sufre! Te acuerdas (A Blanca.) cuando le vimos entrar en casa con su liquidacion en la mano y el sombrero hácia atrás? Arruinados!... Una jugada de Bolsa que era la admiracion de todo Palencia.

ADELA.

Vaya, no hablemos más de eso. Aquí no les ha de faltar nada.

CÁNDIDA.

Ah! sí... Pero nuestra casita... Nuestra huerta...

ESCENA II.

DICHAS, D. SEVERO.

BLANCA.

Buenos dias, papá!...

SEVERO.

Adios, hija mia. Has descansado? (A Adela.) Cómo has pasado la noche? (A Cándida.)

ADELA.

Muy bien. Y Vd.?

SEVERO.

Yo... Ah! (Con tristeza.)

BLANCA.

Va Vd. á venir á misa con nosotras?

SEVERO.

No, hija mia. La obligacion es ántes que la devocion. Voy á Chamartin.

ADELA.

A Chamartin?

SEVERO.

Sí.

CÁNDIDA.

A Chamartin? Y dónde está eso?

SEVERO.

Ahí cerca... Una legua ó legua y media...

CÁNDIDA.

Y vas á ir á pie?

ADELA.

Pero, papá, eso es una locura.

CÁNDIDA.

De ningun modo. ¿No está ahí el coche de tu marido?

ADELA.

Sí, pero...

BLANCA.

Pues entónces...

CÁNDIDA.

¿Cómo ha de ir tu padre á pie á Chamartin?

ADELA.

Pero cuando volvamos de misa podia... ¿Es tan urgente esa visita?

SEVERO.

Sí, hija; de ella depende mi porvenir; acaso el remedio de mi desdicha.

ADELA.

Si es así... (Timbre.)—Diga usted á Juan que enganche la *Victoria*, que va á salir con el señor.

SEVERO.

Yo? Yo en coche? No, hija mia, no. Es necesario acostumbrarse á los sufrimientos!...

ADELA.

Pero papá, por Dios...

CÁNDIDA.

Hijo mio... no seas tonto. Tu hija te lo ofrece y bien puedes...

BLANCA.

Sí, papá; bien puedes ir en coche.

SEVERO.

¡Iré!—Dios te lo pague.—¡Ah! Esta carta quisiera que la recibieran ántes de las doce...

CÁNDIDA.

Sí. (Timbre.—Sale el criado.) Lleve usted esta carta enseguida.

CRIADO.

¿Al barrio de Pozas?

CÁNDIDA.

Sí señor. (¡Qué pronto ha leido el sobre!)

CRIADO.

Es que...

CÁNDIDA.

Vamos, basta de discusion. ¡Vaya Vd! —Hija, tienes unos criados...

CRIADO.

Iba á decir á la señora que...

ADELA.

¡Basta, Julian, obedezca Vd!

CRIADO.

(Bueno. La casa se queda sola, y si viene el señorito...) (Váse.)

CÁNDIDA.

Ea, ¿vamos?

BLANCA.

No hay prisa.

ADELA.

Sí, vamos ya.

BLANCA.

Papá, ya tienes tu coche.

CÁNDIDA.

Pues vamos todos.

ADELA.

Vamos.

CÁNDIDA.

Que te lleven despacito: sí, hijo mio?

SEVERO.

Ay, Cándida! Cuánto sufro!
(Vánse todos.)

ESCENA III.

PABLO.—EL PORTERO.

PABLO. (Mirando recelosamente.)

Tampoco aquí hay nadie?

PORTERO.

No, señor.

PABLO.

Eh? Qué quiere Vd.?

PORTERO.

He subido para advertir al señor que no hay nadie en casa, y por si se le ofrece alguna cosa.

PABLO.

Cómo nadie?

PORTERO.

La señora ha salido á misa con su mamá y la hermana, acompañadas de la doncella.

PABLO.

Y Julian?

PORTERO.

Ha salido á un recado del papá de la señora.

PABLO.

Y Gregorio, mi ayuda de cámara?

PORTERO.

Le ha despedido la mamá de la señora.

PABLO.

Despedido?

PORTERO.

Sí, señor. Parece ser que quiere hacer economías.

PABLO.

Qué? (Reprimiéndose.) Está bien. (Saca el reloj.) Se me ha parado el reloj! (Se acerca al que está encima de la chimenea.) Este tambien? Cómo es eso? No ha venido el relojero?

PORTERO.

No señor: la mamá de la señora dice que es un gasto inútil, y que ella se encargará de arreglar los relojes.

PABLO.

Señor!...

PORTERO.

Pero yo tengo hora. Las once menos cinco minutos en el reloj de la Puerta del Sol.

PABLO.

Tengo que hacer á las doce. Diga Vd. á

la cocinera que me prepare el almuerzo.

PORTERO.

No está. Ha salido á la compra.

PABLO.

Pero, y el almuerzo, quién le hace?

PORTERO.

Ya no se almuerza en casa, señor. Toman todos chocolate.

PABLO.

Esto es demasiado! Almorzaré fuera. Diga usted á Juan que enganche.

PORTERO.

Señor...

PABLO.

Qué?

PORTERO.

Juan no está tampoco. Ha salido con el papá de la señora en la victoria. Han ido á Chamartin.

PABLO.

A Chamartin?

PORTERO.

Si el señor quiere, traeré un simon.

PABLO.

Un demonio! Déjeme usted en paz!

PORTERO.

(Tiene razon la mamá de la señora: vá echando un génio insufrible!) (Váse.)

ESCENA IV.

PABLO, despues ALFREDO.

PABLO.

Los criados!.. Los coches!.. Los relojes!.. Esto es una irrupcion, una irrup-

cion de suegros! Yo, el amo de mi casa, teniendo que dormir fuera de mi habitacion, para dejarla al amigo de mi suegro; mi mujer embargada por mi suegra, mi casa hecha un asilo, los relojes parados, las comidas suprimidas; no hay más que mis suegros por todas partes, interviniendo en todo, invadiéndolo todo, alterándolo todo! Señor... Bien hiciste en no permitir que tu Divino Hijo se casara!.. Es necesario tomar una medida.

PORTERO.

Señor! (Saliendo.)

PABLO.

Qué hay?

PORTERO.

El señorito Alfredo.

PABLO.

Alfredo!...

ALFREDO.

Muchacho! (Entrando. Se abrazan.)

PABLO.

Chico! Pero, eres tú?... Despues de un año!...

ALFREDO.

Sí, creo que soy yo; pero...

PABLO.

Llegas á propósito: tengo que contarte...

ALFREDO.

Y yo tambien. Ante todo. Quién es una chica que acabo de ver con tu mujer al salir de misa de las Calatravas?

PABLO.

Cómo?

ALFREDO.

Si, quién es? Me vá la vida en saberlo.

PABLO.

Adios, Madrid! Con que te vá la vida?

ALFREDO.

Vamos, responde. ¿Quién es ese ángel, esa hurí, ese encanto?

PABLO.

Mi cuñada.

ALFREDO.

Tu cuñada! (Abrazo.) Tu cuñada! Qué feliz soy! Tu cuñada!... ¿Y cómo se llama?

PABLO.

Blanca.

ALFREDO.

Blanca! Blanca!... (Abrazos.) Pero es posible?...

PABLO.

Te has vuelto loco?

ALFREDO.

Sí, loco, loco de amor por ella... Blanca! Blanca! Qué hermoso nombre!... (Abrazos.) Por fin la he encontrado!... Y es tu cuñada! Qué feliz soy! (Tirándose sobre el sofá.)

PABLO.

Dejaremos pasar la crísis y luego me explicarás...

ALFREDO.

Es toda una novela. Una novela marítima. Blanca! Hace cinco meses que la busco: me habia dado un mes más para encontrarla; si pasa ese término y no lo consigo...

PABLO.

Te hubieras concedido otros seis meses.

ALFREDO.

Es posible.

PABLO.

Pero, sepamos...

ALFREDO.

Oye y perdóname, porque hice una infamia.

PABLO.

Cómo! Qué quiéres decir?

ALFREDO.

Verás. En el mes de Agosto yo iba desde Gijon á Bilbao en uno de aquellos vaporcitos. Habia mar de fondo. Todo el mundo pagaba allí la deuda á la naturaleza, excepto yo y una mujer: ella. Su papá la satisfacia por los dos; pero, de qué modo! Le bajaron á la cámara sin que Blanca se apercibiera. Al saberlo quiso bajar. Tú ya conoces las escaleras de los barcos... La acompañé... No te alteres... iba delante; pero una fuerte sacudida del barco hizo perder pié á mi desolada compañera, que cayó... en mis brazos.

PABLO.

Pero...

ALFREDO.

Hombre, no era cosa de dejarla llegar al suelo. Además, yo no sabia que fuera de tu familia.

PABLO.

Era la única que no me habia dado un disgusto. Sigue.

ALFREDO.

Ella, al verse en mis brazos, trató de retirarse, pero... el mar tuvo la culpa de todo: un nuevo vaivén hizo tocar su cara con la mia, y yo, aturdido...

PABLO.

Qué?

ALFREDO.

Que... Mándame tus padrinos, si quieres; pero yo, aturdido, la dí un beso.

PABLO.

Alfredo!

ALFREDO.

Qué quieres! El mar estaba tan agitado... Ya te he dicho que la culpa de todo la tuvo el mar. Ya ves, tuvimos que detenernos en Santander.

PABLO.

Pero eso no justifica...

ALFREDO.

Déjame acabar. Llegamos á Santander y nos dirigimos á la fonda. Comí enfrente de ella. Es decir, no comí. Me pasé la noche mirando á su ventana, hasta que, rendido, me quedé dormido en una silla. Cuando desperté, la campana del vapor daba el último toque: corro desesperado al muelle: el vapor comenzaba á marchar... Grito, busco un bote, quiero saltar y caigo al agua.

PABLO.

¡Qué atrocidad!

ALFREDO.

Pero no me ahogué. (Con naturalidad.)

PABLO.

Ya, ya lo veo.

ALFREDO.

Y ella estaba sobre cubierta y me vió caer. No pude salir en quince dias, gracias á unas intermitentes, producto del baño inesperado. Desde entonces corro detrás de Blanca, es decir; detrás de mi vida, de mi alma, de mi sosiego, de mi felicidad!...

PABLO.

Vamos, siempre el mismo.

ALFREDO.

No, otro completamente distinto. Amo y soy amado. Porque ella no puede ménos de amarme... Y á tí te debo la dicha de haberla encontrado. Déjame que te abrace otra vez.

PABLO.

Vamos, hombre.

ALFREDO.

Pero has dicho que tenias muchas cosas que contarme. Empieza.

PABLO.

Figúrate que mi suegro se ha arruinado en la Bolsa.

ALFREDO.

¿Arruinado? Es decir que... que se ha arruinado y por consecuencia no tendrá por qué rehusarme la mano de su hija. ¡Qué felicidad! ¡Dáme otro abrazo!

PABLO.

Sí, se ha arruinado; pero lo horrible del caso es que lo pago yo.

ALFREDO.
Hombre, es muy justo.

PABLO.
No hablo de dinero.

ALFREDO.
Entonces...

PABLO.
Con el pretesto de que necesita de mí, él y su mujer disponen de mi casa, sin que yo tenga el derecho de hacer la menor observacion.

ALFREDO.
¡Pobre gente! Yo les llevaré á una casita de campo que tengo en Leganés.

PABLO.
No, no, ¡por Dios!... Peligraría la paz del manicomio.

ALFREDO.
Tú exageras.

PABLO.
¿Exagerar?... Una gente que no contenta con invadir mi domicilio se trae todos los amigos de su casa.... Aquí, donde me vés, yo duermo en el pabellon del jardin.

ALFREDO.
De veras? Eso es encantador!

PABLO.
Mi suegra tiene secuestrada á mi mujer de dia y de noche.

ALFREDO.
Eso es cariño.

PABLO.
Interviene hasta en mis comidas! Hoy me tiene en ayunas.

ALFREDO.

Es una mujer económica, arreglada. Ya me son simpáticos tus suegros.

PABLO.

Te son simpáticos! Qué amigos tengo! Pero mira, puesto que te son simpáticos, concluiré por enviaros al diablo á tí y á ellos!

ALFREDO.

No, tú no harás eso. (Se levanta.)

PABLO.

Que no?

ALFREDO.

No; porque yo soy tu amigo, y si tú envias al diablo á tus suegros, ellos me enviarán al infierno, y volveré á perder á Blanca.

PABLO.

Pero condenado, egoista; tú no piensas más que en lo que te conviene.

ALFREDO.

Hombre, no; tambien pienso en Blanca.

PABLO.

Está perfectamente; yo haré lo mismo.

ALFREDO.

Mira, con formalidad; si por tu culpa pierdo la última esperanza que me queda, trataré la cuestion en sério.

PABLO.

Qué quieres decir?

ALFREDO.

Estoy decidido á todo.

PABLO.

Me parece muy bien; eso ya es otra cosa.

ALFREDO.

Qué es eso? Ah! Es ella! (Mirando por la ventana.) No me engaño... Ella! Dame un abrazo!

PABLO.

Vete al demonio!

ALFREDO.

Qué bonita está! Mira, no me atrevo á presentarme delante de ella.

PABLO.

Vete á mi cuarto.

ALFREDO.

Sí, me esconderé. (Se queda en un rincon.)

ESCENA V.

DICHOS, BLANCA, que entra sin ver á Alfredo.

BLANCA.

Ah! Estás aquí? Dáme dinero. He dejado á la puerta dos pobres... De los cinco duros que me diste anteayer, mira lo que queda.

PABLO.

Un perro chico!... No es mucho.

BLANCA.

Vamos, hazme un empréstito. (Sacándole dinero del bolsillo.)

PABLO.

Pero muchacha...

BLANCA.

Ah! ya tengo bastante: dos pesetas. (Abre la ventana y tira la moneda.) Para los dos.

PABLO.

Pero, mujer, eso de tirar el dinero por la ventana...

BLANCA.

Ah! Vas á recordarme que te lo debemos todo, como dice papá? Pues no, roñoso!

PABLO.

Eres encantadora!

ALFREDO.

Es un ángel! (Presentándose.)

BLANCA.

Qué? Ah, Dios mio! (Vacila.)

PABLO.

Blanca! (Sosteniéndola.)

BLANCA.

Es Vd., caballero!

ALFREDO.

Blanca! Querida Blanca!

PABLO.

Eh! Fuera de ahí! (Rechazándole.)

BLANCA.

No se ahogó usted? (Candor.)

ALFREDO.

Cómo era posible?

BLANCA.

Qué susto me llevé al verle á usted caer al agua!... Me estuve llorando ocho dias... Y luego, he rezado más...

ALFREDO.

Es un ángel! un ángel! (Abraza á Pablo.)

PABLO.

Hombre, no me sobes más!

BLANCA.

Por eso estaba yo tan contenta, sin saber la causa. Era un presentimiento.

ALFREDO.

No oyes? No oyes? (Abrazos.)

PABLO.

Sí oigo, y más de lo que quisiera oir. (Rechazándole.)

BLANCA.

Pues qué he dicho yo de malo? Por qué habia de ocultar mi alegría al saber que el señor no se habia muerto?

PABLO.

Hombre, eso...

BLANCA.

Qué hay en eso de malo?

ALFREDO.

No haga usted caso de Pablo: no sabe lo que se dice.

PABLO.

Muchas gracias.

ALFREDO.

Sí; porque esta señorita y yo no estamos dentro de las leyes comunes. Nos hemos conocido en circunstancias escepcionales. Tienes que convenir en ello.

PABLO.

Pues no convengo.

ALFREDO.

Mal que te pese tendrás que convenir. Nos hallamos en un momento en que el peligro acortaba las distancias; con la muerte bajo nuestros piés... Luego yo tuve mi vida en riesgo. Cuando

Dios nos ha salvado, es que nos destinaba al uno para el otro.

PABLO.

Pero, ¿hay paciencia para esto?

ALFREDO.

Sí, Blanca; hace cinco meses que la busco á Vd., que la espero, que la llamo; cinco meses en los que sólo en usted he pensado, en los que no he hecho más que soñar con Vd. Yo debo de ser su marido de Vd., y Vd. mi esposa.

PABLO.

Quieres callarte? Te has vuelto loco?

BLANCA.

Pero, caballero... (Ruborosa.)

ALFREDO.

Si Vd. me desdeña, si Vd. no quiere quererme, me moriré, y esta vez será de veras, y Vd. tendrá la culpa.

BLANCA.

Caballero!... (Medrosa.)

ALFREDO.

Qué responde Vd.?

BLANCA.

Yo...

ALFREDO.

Responda Vd., por Dios!

BLANCA.

Yo no quiero la muerte de nadie. (Ocultando el rostro en los brazos de Pablo.)

ALFREDO.

Ah! Gracias! Gracias!... (Abrazando á Pablo.)

PABLO.

Bonito papel me estás haciendo representar...

BLANCA.

Cómo?

ALFREDO.

Tú la pedirás?

PABLO.

Sí.

ALFREDO.

Me lo prometes?

PABLO.

Sí.

ALFREDO.

Me lo juras?

PABLO.

Quieres papel sellado?

ALFREDO.

Al fin, hombre de negocios!

PABLO.

Muchas gracias.

ALFREDO.

Perdona; ya sé que lo harás, y nosotros te querremos mucho.

BLANCA.

Sí; mucho, mucho.

PABLO.

Mucho, mucho!... Hipócritas!

BLANCA.

¡Ah! caballero... debo advertirle á Vd. que ya no tengo dote, que mi papá...

ALFREDO.

Lo sé, lo sé, y me alegro mucho.

PABLO.

Ja! ja! ja!

BLANCA.

¿Eh?

ALFREDO.

Sí, porque yo soy bastante rico para los dos. Nuestros papás no tendrán que ocuparse de nada, yo me encargo de su dicha; no nos separaremos nunca de ellos.

PABLO.

Hombre, al fin has dicho algo de provecho: esa es una gran idea ¡Pobre Alfredo!

ALFREDO.

No seas tonto, todo consiste en el modo de tomar las cosas.

PABLO.

Sí, y hay algunas que es preciso tomarlas con tenazas.

BLANCA.

Pablo, eso no es digno de tí.

PABLO.

No, yo no me refería... Y, vamos á ver, ¿sabe ya Blanca el nombre que va á llevar?

BLANCA.

Pues es verdad que no lo sé.

PABLO.

Es decir, que ignoras cómo se llama, y... Haré la presentacion.—El señor don Alfredo Alvarez, veintidos años, un poco estravagante, pero propietario de un excelente corazon, vein-

te mil duros de renta y varias casas solares. (Alfredo envia besos á Blanca por detrás de Pablo.) Qué tienes?

BLANCA.

Nada.

PABLO.

Tienes... (Volviéndose y sorprendiendo á Alfredo.) Me parece bien!...

ALFREDO.

Hombre, por Dios... sé indulgente.

PABLO.

Déjame en paz!

ALFREDO.

Pero, ¿harás la peticion?

PABLO.

Sí, aunque no respondo...

ALFREDO.

Cómo que no respondes?

PABLO.

Mi suegro tiene sus planes.

ALFREDO.

Explícate, no me desesperes.

PABLO.

Tienes un rival.

ALFREDO.

Un rival? Un rival? Tengo un rival? (A Blanca.)

PABLO.

Sí, el hijo del señor Martinez, un boticario, que comparte hoy con mis suegros el mando de mi casa, que interviene en mis negocios como agente impuesto por los derechos de la desgracia.

BLANCA.
Sí; pero yo no le quiero. Papá me quiere casar con él...

ALFREDO.
El hijo de...

PABLO.
Para un hombre que tiene casa solariega la lucha es humillante!... Ja! Ja!

BLANCA.
En ese caso...

ALFREDO.
No; lucharé; (Vivamente.) conquistaré á sus padres de usted; pero para esto necesito presentarme á ellos. Tú lo harás, verdad?

PABLO.
Sí, hombre, sí.

SEVERO.
(Dentro.) Maldito animal!

BLANCA.
Ahí está papá.

PABLO.
Te presentaré.

SEVERO.
Condenada yegua! (Dentro.)

ALFREDO.
No me parece que trae humor de presentaciones. Me voy.

BLANCA.
Yo tambien. Arréglalo tú.

ALFREDO.
Adios, Blanca!..... querida Blanca!...
(Yendo á besarla la mano.)

PABLO.

Adios! (Interponiéndose.)

BLANCA.

Adios!

PABLO.

Qué hermosa virtud es el agradecimiento!

ESCENA VI

PABLO, D. SEVERO, cojeando y sostenido por doña CANDIDA, el cochero, luego ADELA.

SEVERO.

Infame bestia!

CÁNDIDA.

Despacito, por Dios, hijo mio!

PABLO.

Qué es eso?

SEVERO.

Que su yegua de usted ha estado á punto de matarme.

PABLO.

Ah!

SEVERO.

Sí; y á no ser por una coincidencia providencial, me hubiera hecho pedazos.

PABLO.

Pero por fin está usted entero.

SEVERO.

Sí, el caso es de risa.

PABLO.

Yo no me rio.

ADELA.

Dios mio! Qué ha sucedido! (Sale.)

COCHERO.

Nada, señora. Un muelle y el piso de la victoria rotos y Jarifa con unas rozaduras.

ADELA.

Pero, ¿cómo ha sido eso?

COCHERO.

Como la yegua no tiene costumbre de andar sobre una vara de lodo, se ha inquietado....

PABLO.

Es natural....

SEVERO.

Siento mucho haber herido los escrúpulos aristocráticos de la señora Jarifa-pero no tendria que arrepentirme si en lugar de un animal de lujo, propio sólo para pintar la mona á la puerta del Casino, tuviérais en vuestro carruaje.

COCHERO.

Una... yegua normanda.

SEVERO.

Eh?

COCHERO.

No digo nada.

PABLO.

Vamos!... ya está Vd. de más.

SEVERO.

He oido perfectamente. Su cochero de

Vd. se permite burlarse de mí; no es extraño... sigue el ejemplo de su amo.

PABLO.

Un carruaje precioso, que apénas habia hecho media docena de salidas... ¿Dónde demonios iria? (Pasea.)

SEVERO.

Se altera Vd. por bien poca cosa.

ADELA.

Tiene razon. (Bajo á Pablo.)

PABLO.

Ah! Tiene razon?

SEVERO.

No, hija mia, no tengo razon; ha sido un castigo justo de mi imprudencia. Debia haber ido á pié.

PABLO.

Pero vamos á ver: ¿qué ha ido Vd. á hacer á Chamartin?

SEVERO.

Qué iba á hacer? (Alzando los ojos al cielo.)

PABLO.

Sí.

SEVERO.

Qué iba á hacer? Quiere Vd. saberlo? (Idem.)

PABLO.

Tendria mucho gusto en ello.

SEVERO.

Pues bien; se lo voy á decir á Vd.

CÁNDIDA.

Vamos; calma, por Dios!

SEVERO.

Déjame hablar, Cándida, déjame hablar; el marido de nuestra hija necesita una leccion.

ADELA.

Pero...

PABLO.

Vive Dios!...

SEVERO.

Va usted á saberlo todo! En primer lugar, que queriendo salir de la posicion humillante en que me encuentro...

PABLO.

Cómo?

SEVERO.

De la posicion humillante en que me encuentro, hace ocho dias que llamo á todas las puertas para conseguir una ocupacion.

ADELA.

Papá, por Dios!...

SEVERO.

Sí, una ocupacion con que ganar mi pan y el de mi familia.

PABLO.

Pero, por Dios vivo!...

CÁNDIDA.

Déjele usted hablar, caballero, déjele usted hablar.

SEVERO.

Nada he conseguido. Sólo ayer, paseando por el Retiro, encontré uno de esos buenos amigos... el pobre Gabiola, un hombre honrado para quien la des-

gracia es nuevo título de afecto. Le conté mi infortunio, le dije que estaba arruinado, que mi mujer y mi hija carecian hasta de lo necesario...

CÁNDIDA.
Sí?

PABLO.
Pero hay paciencia para escuchar esto?

SEVERO.
Que todos nos habian abandonado...

CÁNDIDA.
Sí!... (Llora.)

PABLO.
Ha sido Vd. capaz de decir tal cosa?

SEVERO.
Necesitaba interesarle....

PABLO.
Oh!

SEVERO.
Y lo he conseguido. Entraré en su casa de dependiente. Tiene una fábrica...

ADELA.
Pero, papá...

SEVERO.
Una fábrica de fósforos.

CÁNDIDA.
Sí? (Llora.)

SEVERO.
Hay que levantarse al amanecer, arrostrar el frio, el calor, la lluvia, el hielo... tratar contínuamente con gentes de ínfima extraccion.

CÁNDIDA.

Sí... sí...! (Idem.)

PABLO.

Sí, sí.

SEVERO.

(Transicion.) Y cree Vd., caballero, que con mi edad, con mi educacion, pueda someterme á semejante vida?

PABLO.

Pero hombre, si yo...

SEVERO.

(Exaltándose.) Yo, yo rebajarme de tal modo! Nunca, nunca!... No lo crea Vd.

CÁNDIDA.

Nó, hijo mio, nó; imposible. Tu hija no lo consentirá.

ADELA.

Nó, padre mio; de ningun modo.

PABLO.

Pero, ¿quién pretende?...

CÁNDIDA.

Ella hará conocer la razon á su marido.

PABLO.

A mí?

ADELA.

Esté Vd. tranquila. Pablo es bueno en el fondo.

PABLO.

En el fondo?

ADELA.

Ya comprendes que mi padre no tiene edad...

CÁNDIDA.

Sí, no tiene fuerzas; se moriria, y usted tendria remordimientos eternos.

PABLO.

Pero, con mil de á caballo! ¿Soy yo el que le ha aconsejado semejante cosa? Sabia yo que existiera Chamartin, ni la fábrica de fósforos, ni ese señor Gabiola ó Cabriola?...

SEVERO.

Ese señor Gabiola vale tanto como usted.

PABLO.

No lo niego.

SEVERO.

(Reconvencion.) No es un estúpido.

PABLO.

Ni yo lo supongo.

CÁNDIDA.

Pero ha dicho Vd. Cabriola de una manera despreciativa...

SEVERO.

Claro! Como si fuera de los bolsistas no hubiera más que imbéciles.

PABLO.

(Con exaltacion.) Los hay fuera y dentro.

ADELA.

(Intercediendo.) Pablo, por Dios!

SEVERO.

Mi pobre hermano no era bolsista, Cervantes no era bolsista...

PABLO.

(Explosion.) Ni Santa Teresa tampoco.

SEVERO.

(Con ira.) Señor yerno!

PABLO.

Era bolsista Santa Teresa?

ADELA.

Te suplico que tengas consideracion...

PABLO.

Está bien: me callo.

SEVERO.

Sí, señor; Gabiola...

PABLO.

(Otra vez!)

SEVERO.

Gabiola es un hombre muy respetable, que ha educado á su familia con el sudor de su frente; que tiene siete hijos.

PABLO.

Parece que me dice Vd. eso como echándome en cara que yo no tengo siete hijos.

CÁNDIDA.

Eso...

PABLO.

Pues si á los seis meses de casado tuviera siete hijos, qué diria Vd?

ADELA.

Pablo, por la Vírgen Santísima, que pierdes los estribos!

SEVERO.

No, hija mia, no; tu marido tiene derecho de divertirse á costa del hombre que mantiene.

CÁNDIDA.
Sí... sí!...

PABLO.
Esto es demasiado!

SEVERO.
Esté Vd. tranquilo: no nos mantendrá mucho tiempo!

PABLO.
Pero, no vé Vd., querido papá-suegro, que me rio por no incomodarme?

SEVERO.
Ah! Llegará Vd. hasta insultarme!

CÁNDIDA.
No lo creo. (Amenazando.)

ADELA.
No, madre mia, no; tranquilícese Vd..

PABLO.
Ella tambien! (Se deja caer en una silla.)

ESCENA VII.

Dichos. D. PRUDENCIO agitado y convulso.

PRUDENCIO.
Ah! amigos mios! (Cayendo en otra silla.)

PABLO.
Adios! Otro nuevo trastorno.

PRUDENCIO.
Ah! Qué desgracia!

TODOS.
Una desgracia!

PRUDENCIO.
Yo me voy á morir!

CÁNDIDA.
Cómo?

ADELA.
Morirse!...

PABLO.
No se morirá.

PRUDENCIO.
Y Juanito tambien.

SEVERO.
(Interés) Juanito?

PABLO.
Esto es peor.

CÁNDIDA.
Pero por qué?

PRUDENCIO.
Ha subido el consolidado!

SEVERO.
Imposible!

CÁNDIDA.
Yo no entiendo...

PRUDENCIO.
Yo tampoco; pero él me lo ha dicho... Arrastrado por el ejemplo, ha querido negociar con un nombre supuesto...

PABLO.
Y qué?

PRUDENCIO.
Y ha jugado.

PABLO.
Otro que se arruina! Esto es peor.

ADELA.
Es posible?

PRUDENCIO.

Le han descubierto. Se sabe que es Juanito. Las diferencias son diez mil pesetas. Pero no es eso lo peor. Debe haberse vuelto loco, porque dice que se quiere casar.

CÁNDIDA.

Y con quién?

SEVERO.

No puede ser. Está comprometido con nuestra hija.

PRUDENCIO.

Ah, caballero! ¿Por qué le habremos conocido á Vd? (A Pablo.)

PABLO.

Qué?

PRUDENCIO.

Si Juanito no hubiera puesto los pies en esta casa, no se hubiera deslumbrado con el lujo escandaloso que hay en ella! (Llorando.)

PABLO.

Pero, ¿qué dice este hombre?

ADELA.

Pobrecillo!

PRUDENCIO.

Si no le hubiera Vd. convertido en uno de sus satélites...

PABLO.

¿Acaso no se me ha suplicado?

PRUDENCIO.

No hubiera pisado nunca el antro del agiotage... no hubiera sabido lo que

era jugar. Hijo de mi corazon! Oh! Pero mi nombre saldrá incólume de esta prueba. Venderé mi farmacia, mi huerta, hasta mi última camisa.

SEVERO.
Nó, nosotros no lo consentiremos.

CÁNDIDA.
De ningun modo.

SEVERO.
Puesto que hemos sido los causantes del mal, debemos remediarlo. Mi yerno pagará.

CÁNDIDA.
Eso es.

PABLO.
Yo?

PRUDENCIO.
Pagará! Pagará!... Pero quién me devolverá á mi hijo, si en su desesperacion... Porque Vd. no conoce á Juanito. Ah! Por eso no tiene suerte... Es un corazon honrado!

PABLO.
Basta! (Fuera de sí.) No sufro más! Caballero!... (A Prudencio.) Querido papá-suegro! (Escribe una tarjeta, que dá á D. Severo.) Esto es todo lo que tengo que decir. Ahí van las señas del doctor Ezquerdo.

PRUDENCIO.
Carabanchel!—Una casa de locos! (Con indignacion, despues de haber leido la tarjeta.)

Caballero! Si no mirára á mi pobre amigo!...

PABLO.

Tápese Vd. los ojos si no quiere verle..

SEVERO.

Qué escándalo!

CÁNDIDA.

Esto es espantoso!

ADELA.

Padre mio!

PRUDENCIO.

Ah! Pobre amigo mio! (Abrazando á Severo.) Bien veo que no me habias engañado, y que es justo todo lo que me has dicho de él.

PABLO.

Voy á tirarle por el balcon!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, BLANCA.

BLANCA.

¿Qué es esto? ¿por qué gritais?

PRUDENCIO.

¡Sí señor!

SEVERO.

¡Cállate, amigo mio! Ten prudencia y evitemos la última humillacion... (Tapándole la boca) Le conozco bien... Te echaria de su casa.

PABLO.

Cree Vd. muy bien.

SEVERO.

¡Ah! ¡Le echaria á Vd!.. El único hombre que me ha sido fiel en la desgracia... ¡Está bien! Yo tambien me voy.

PRUDENCIO.

Si, vámonos.

SEVERO.

Cándida, Blanca, venid conmigo.

ADELA.

No! no os ireis... Es imposible! Yo no quiero. Pablo! Pablo! Diles que no se vayan!

PABLO.

No tengas cuidado, no se irán. (Esta gente no se va nunca.)

ADELA.

Te advierto que si salen de casa, no les dejaré marchar solos.

PABLO.

Cómo?

ADELA.

Me moriré, pero...

PABLO.

Es posible?

CÁNDIDA.

Dios mio! Una separacion! Por nuestra causa... Vamos á hacer la desgracia de nuestra hija...

PABLO.

Sí, Vds., Vds. son...

CÁNDIDA.

(Con resignacion cómica.) No, no puede ser! No nos iremos.

SEVERO.

Cándida!

CÁNDIDA.

Debemos sufrirlo todo por ella!

(Pausa.)

SEVERO.

Bien. Tú y Blanca os quedareis... En cuanto á mí, el jefe de la familia, no puedo permanecer aquí despues de lo ocurrido.

ADELA.

Vamos, papá, olvídalo. Si no es nada.

PABLO.

Pero qué haces?

SEVERO.

Si no debiera á tu marido el pan que como, podria olvidarlo; pero en mi posicion... (Se dirige á la puerta.)

ADELA.

Vaya, se acabó. Mi marido le pide á usted perdon...

PABLO.

Sí? Te burlas de mí?

ADELA.

Te lo suplico! Son tan desgraciados...

PABLO.

No! El desgraciado soy yo!

ADELA.

No digas que no, si me amas.

PABLO.

Imposible!

ADELA.

Te adoraré!

PABLO.

Imbécil! (Abrazándola á escondidas.)

ADELA.

Papá... Pablo le pide á usted la mano en señal de reconciliacion. (Cojiendo una á cada uno.)

PRUDENCIO.

Vamos, Severo... sé generoso.

CÁNDIDA.

Haz un sacrificio!

BLANCA.

Sí, papá. (Severo dá la mano á Pablo.)

ADELA.

Gracias, gracias! (A los dos.)

PRUDENCIO.

Eso es. Ah! Los hijos!... Qué cosas se hacen por los hijos!

PABLO.

(Tengo un grillero en la cabeza!)

CÁNDIDA.

Admiro tu heroismo!

SEVERO.

Cuando se vive á espensas de un yerno, hay que sufrir mucho!

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCÉNA PRIMERA.

DOÑA CÁNDIDA, D. SEVERO, D. PRUDENCIO sentados en el primer término izquierda y hablando con mucho misterio.

CÁNDIDA.
Vamos, déjale hablar.

PRUDENCIO.
Pero es que yo no quisiera ser causa de un escándalo... Hago un sacrificio...

SEVERO.
Gracias, amigo mio, gracias.

PRUDENCIO.
Sólo por vuestro interés, por el porvenir de vuestra hija.

CÁNDIDA.
Sí!... sí!...

SEVERO.
Pobre hija mia!... Pero cuenta, cuenta.

CÁNDIDA.
Sí, cuenta... Digo, cuente Vd.

PRUDENCIO.
Pues bien, su yerno tiene...

CÁNDIDA.
Qué tiene?

PRUDENCIO.
Una querida.

SEVERO.
Oh!

CÁNDIDA.
Infame!

SEVERO.
Dios mio!

CÁNDIDA.
Esa es la causa del horror con que nos mira. Es claro! Nosotros somos un obstáculo para sus crímenes.

SEVERO.
Y ella sufre y calla!... Hija de mi corazon!...

PRUDENCIO.
Por supuesto, que no sirva de disgusto...

CÁNDIDA.
De ningun modo... Si no deseábamos otra cosa...

SEVERO.
No temas. Yo me encargo del asunto.

CÁNDIDA.
Mucho cuidado, por Dios!... Acuérdate de lo que te ha pasado en la Bolsa.

SEVERO.

Lo que me ha pasado! Qué me ha pasado? Que he perdido? Eso le pasa á todo el mundo. La jugada era tan grande que la envidia puso de acuerdo...

CÁNDIDA.

Y cómo lo ha sabido Vd...?

SEVERO.

Querida Cándida, observa que me has interrumpido...

CÁNDIDA.

Pero lo importante...

SEVERO.

Ah! No es importante mi reputacion, mi fortuna?... Tú tambien, Cándida...

PRUDENCIO.

Sí, amigo mio; pero esto es más urgente.

CÁNDIDA.

Es claro!...

SEVERO.

Pero mi jugada...

CÁNDIDA.

Deja eso para luego.

SEVERO.

Queridísima Cándida, te advierto que me has interrumpido por segunda vez.

CÁNDIDA.

Pero no ves que estoy muriéndome de curiosidad, y que mis sentimientos de madre...

SEVERO.

Ah! No quieres oirme!... Tú tambien

me desprecias... Oh! Si hubiera ganado la jugada!,..

PRUDENCIO.

Pero, amigo mio...

CÁNDIDA.

Déjelo usted, y acabe: cómo ha sabido usted ese horrible misterio?... (D. Severo se ha sentado léjos con mal humor.)

SEVERO.

Todos!

PRUDENCIO.

Por una casualidad. Le he seguido todos estos dias.

CÁNDIDA.

Ah! La Providencia!... Y qué ha averiguado Vd.?

PRUDENCIO.

Que va mañana y tarde á ver á una señora que vive en un hotelito muy mono, con su jardin, su cochera... Pero, qué descaro!... Pasea con ella por el jardin en animadísima conversacion...

CÁNDIDA.

Es claro!

PRUDENCIO.

Que ha comprado el hotel.

SEVERO.

Cómo!...

CÁNDIDA.

Ah! Calma, calma, por Dios! Y qué más?

PRUDENCIO.

Le parece á Vd. poco?

SEVERO.

Es necesario tomar una determinacion.

CÁNDIDA.

Decírselo á Adela.

SEVERO.

Una demanda de divorcio.

CÁNDIDA.

Infame! Asesino!...

SEVERO.

A los tribunales!

PRUDENCIO.

Conste que Vds. me han obligado á hablar; que yo no quería, porque entre padres, hijos y hermanos...

SEVERO.

(Abrazando á Prudencio.) Tú eres un amigo leal... un buen amigo... Pero ese infame...

CÁNDIDA.

Chist!... Que viene!

SEVERO.

Vamos, vamos; no nos encuentre aquí...

SEVERO.

Una querida.

CÁNDIDA.

Con su cochero!

PRUDENCIO.

Naturalmente!

SEVERO.

Gracias, Prudencio!

CÁNDIDA.

Pobre Adela!

(Mutis los tres.)

ESCENA II.

PABLO.

Mis suegros estaban aquí; lo conozco en el olor... Me huyen... Ya van correspondiendo á mi afecto... Oh! Pero pronto se acabará esto. El hotel está comprado; sólo faltan los muebles... Cuestion de dos dias... Y despues sólo otra vez con mi mujercita, de dia, de noche... Me vá á parecer mentira... Léjos de mis suegros!... Si fuera poeta haria una balada con ese estribillo... Una visita los domingos por la mañana, y luego... Ya ocurrirá algun incidente que enfríe las relaciones de la familia... El porvenir se presenta de color de rosa... Con tal que mi suegra no se dedique á la pintura y quiera retocarlo.

ESCENA III.

PABLO.—ALFREDO. (Foro.)

ALFREDO.
Querido Pablo! (Abrazàndole)

PABLO.
Ah! Eres tú? (Este es otro suegro.)

ALFREDO.
He estado tres veces á buscarte.

PABLO.

Sí? Lo siento; y tanto más cuanto que puedo dedicarte pocos momentos. Hoy es dia de liquidacion en la Bolsa.

ALFREDO.

No te irás sin escucharme.

PABLO.

Te digo que no puedo!... Julian! (Llamando.)

CRIADO.

Señor? (Apareciendo.)

PABLO.

Unos guantes. (Váse el criado.) Calcula que el consolidado se ha puesto á 35.

ALFREDO.

No hagas caso: son habladurías de los bolsistas. Pero hablemos formalmente.

PABLO.

Pues formalmente hablo. A 35 y céntimos.

ALFREDO.

De hoy no pasa el que...

PABLO.

Y eso en la liquidacion...

ALFREDO.

—Pero, quieres oirme? (Gritando.)

PABLO.

Bien. Qué hay? Qué quieres?... La mano de Blanca? Te la doy. Mi suegro? Te le doy. Mi suegra? Tuya es: y D. Prudencio, y su hijo, y toda su familia. Quieres más?

ALFREDO.

Ah! Decididamente no quieres oirme? Te vuelves atrás de tu promesa? Escelente amigo!

PABLO.

Hijo mio, cada uno para sí, y los suegros para todos. Haz lá peticion tú mismo.

ALFREDO.

Te prevengo que no tolero burlas.

PABLO.

Ni yo sufro impertinencias. Vaya, hombre!... Quieres imponerte con amenazas? Pues te has equivocado!

CRIADO.

Los guantes, señor. (Saliendo.)

ALFREDO.

Vengan. (Tomándolos.)

PABLO.

Mira, basta de broma. Te he dicho que hoy es dia de liquidacion...

ALFREDO.

Hazla conmigo.

PABLO.

Tengo órden de vender dos millones de...

ALFREDO.

Los compro.

PABLO.

Déjame en paz!

ALFREDO.

Te vás?

PABLO.
Sí: me voy.

ALFREDO.
No podia esperar otra cosa de tí.

PABLO.
Mira, ya me estás hartando!

ALFREDO.
Eso quiero.

PABLO.
Pues necesito poco.

ESCENA IV

Dichos.—BLANCA.

BLANCA.
Ah! Está Vd. aquí?

PABLO.
No, nos vamos. Adios!

BLANCA.
Estás incomodado?

ALFREDO.
Ves cómo la martirizas? Hombre, siquiera por ella... (Abrazándole.)

PABLO.
(Nada; tendré que ceder!) No, hija mia; es que nos vamos.

ALFREDO.
Que nos íbamos; pero ya no nos vamos, porque Pablo vá á pedir á su papá...

PABLO.
En este momento es imposible.

BLANCA.
Imposible!

PABLO.
Ya ves... la Bolsa...

BLANCA.
Ah! Y por la Bolsa me dejas á mí?

ALFREDO.
No, Blanca; es que no quiere cumplir su palabra; nos abandona.

BLANCA.
No es posible!...

PABLO.
Pero es que...

BLANCA.
Nada; tú sabrás...

PABLO.
Ya comprendes que mi recomendacion..

BLANCA.
Sí!.. (Casi llorando.)

ALFREDO.
Está haciendo pucheros!... Ves, ves?..

PABLO.
Vamos, yo he nacido para mártir!.. Julian! (Llamando.)

CRIADO.
Señor. (Saliendo.)

PABLO.
Lleve Vd. estos papeles al Sr. García, mi sócio.

ALFREDO.
Gracias, gracias! (Abrazándole.)

PABLO.

Hombre, no me fastidies más! Y usted, señorita, no dice nada?

BLANCA.

Me dá vergüenza!.. Pero te quiero mucho!

PABLO.

Hipócrita!

ALFREDO.

Y á mí?

PABLO.

No faltaba más si nó... Hazme el favor de no contestar. (A Blanca.)

BLANCA.

Bueno, no contestaré; tampoco hace falta.

ESCENA V

PABLO.—D. SEVERO.—ALFREDO.—BLANCA.

SEVERO.

(Yo lo arreglaré... Un hotel... paseos por el jardin...)

BLANCA.

Papá... me voy. Adios, señor... (A Alfredo y váse.)

ALFREDO.

A los piés de Vd.... (Tiemblo como un azogado!..) (Bajo á Pablo.)

PABLO.

(Ya me lo dirás cuando seas yerno.) (Idem á Alfredo.) Buenos dias, querido papá!

SEVERO.

(Disimulemos!) Buenos dias, querido Pablo.

ALFREDO.

Servidor...

PABLO.

(Está de buen humor.) Tengo el gusto de presentar á Vd. á mi querido amigo Alfredo.

ALFREDO.

Tengo un verdadero honor...

SEVERO.

Muy señor mio. (Friamente.)

ALFREDO.

Yo... estoy...

SEVERO.

(Sin hacer caso de Alfredo).Me alegro de haberte encontrado, porque tenemos que hablar.

ALFREDO.

Eh!...

PABLO.

(Qué cortesía!) Pues aquí me tiene Vd. á su disposicion.

SEVERO.

He pensado que antes de dirigirme á los estraños... (Llevando aparte á Pablo.)

ALFREDO.

(Hablarán de mí?)

SEVERO.

En fin, quiero que me des un destino en tu escritorio.

PABLO.

Pero querido papá...

SEVERO.

El trabajo regenera á los hombres.

PABLO.

Indudablemente.

SEVERO.

Además, cuando no se hace nada, viene el hastío.

PABLO.

En eso no soy de la opinion de Vd. He aquí á mi querido Alfredo, mi amigo íntimo, que tiene veinte mil duros de renta, que no hace nada y que no se aburre nunca.

ALFREDO.

Efectivamente.

SEVERO.

No censuro la conducta de este caballero. Ya sé que en Madrid se vive así: por la noche al teatro y al Casino, por la tarde al Retiro á lucirse en un caballo fogoso... (Rascándose la rodilla.)

PABLO.

No; á Alfredo le gustan los caballos tranquilos.

SEVERO.

(Mirando fijamente á Alfredo.) No hablo yo de D. Alfredo; sino de esos hijos de familia inútiles parásitos, séres improductivos que no llevan un grano de arena al edificio social.

ALFREDO.

Pero...

PABLO.

Tiene Vd. mucha razon; y Alfredo no sólo cree eso mismo, sino que sus acciones lo demuestran. Se ha impuesto una noble mision: proteger el arte y los artistas...

SEVERO.

Otra tontería!... Los artistas!... Séres indolentes que viven sólo en la orgía y el despilfarro. A Palencia fué un pintor; qué tal seria cuando él mismo pretendió suicidarse?

PABLO.

Sí; para suicidarse tenia que ser él mismo. No hay otro procedimiento.

SEVERO.

Decia que por amor. Qué amor ni qué calabazas!... Porque no podia pagar la cuenta en la posada. Hé ahí los artistas!...

ALFREDO.

Tambien los hay que observan una conducta irreprensible y que ganan muchos miles de duros al año.

SEVERO.

A esos se debe proteger!...

PABLO.

Claro! Tiene Vd. razon.

ALFREDO.

Si es Vd. aficionado á la pintura, tengo en mi casa una modesta galería...

SEVERO.

Pchs!

PABLO.

Hombre, sí! Llevaremos á mamá. Verdad?

SEVERO.

Veremos.

ALFREDO.

Cuánto le agradezco á Vd. que acepte!... Y cuánto siento no poder saludar á la señora!...

SEVERO.

Se está vistiendo!...

ALFREDO.

Espero conseguir pronto ese honor. Crea Vd. que tengo una viva satisfaccion en ofrecerme á Vd. de nuevo. Alfredo...

SEVERO.

Yo tambien celebro... Beso á Vd. la mano.

ALFREDO.

Adios! (A Pablo.) Que vaya tambien Blanca. (Abrazando á Pablo.) Qué feliz soy!

PABLO.

(Ya me lo dirás cuando seas yerno!)

ESCENA VI.

PABLO y D. SEVERO.

PABLO.

Conque, querido papá... (Cogiendo del brazo á D. Severo.)

SEVERO.

Eh!... (Receloso.)

PABLO.

(Al asunto.) Qué le ha parecido á usted mi amigo?

SEVERO.

Muy mal.

PABLO.

Muy mal?... (Soltando el brazo.) Por qué? (Volviendo á cogerse del brazo.)

SEVERO.

Porque su presencia en esta casa, habiendo en ella una muchacha como Blanca, podria tener consecuencias enfadosas.

PABLO.

Qué consecuencias?

SEVERO.

El es jóven, rico... Y si Blanca, interpretando mal alguna galantería concibiera un capricho, calcula...

PABLO.

Ya calculo, querido papá... (Echándole el brazo por el hombro.) Y es necesario calcular... porque ha acertado Vd.

SEVERO.

Qué dices? (Apartándose violentamente.)

PABLO.

Que se adoran, y que en nombre de mi amigo tengo el honor de pedir á Vd. la mano de su hija.

SEVERO.

Imposible!

PABLO.
Pero, ¿por qué?

SEVERO.
¿Quieres obligarme á decir á un hombre tan rico, que mi hija no tiene un ochavo?

PABLO.
Si lo sabe ya.

SEVERO.
Lo sabe ya! ¿Y sabrá tambien que ella y yo y Cándida, vivimos de caridad?

PABLO.
Esa palabra...

SEVERO.
Es la exacta. De tu caridad; pero no creía yo que debieras alabarte de ello.

PABLO.
Alabarme!... Está Vd. loco, mi adorado suegro.

SEVERO.
Pues loco ó no, niego la mano de mi hija.

PABLO.
Otra vez! Por qué?

SEVERO.
Porque tengo hecha mi eleccion, y empeñada mi palabra á un hombre á quien no tendré que confesar con vergüenza mi situacion.

PABLO.
Y quién es?

SEVERO.
El hijo de mi amigo, de mi fiel amigo Prudencio: Juanito.

PABLO.

Puah!... (No pudiendo contener la risa.)

SEVERO.

Se rie Vd.?

PABLO.

Un hombre sin posicion...

SEVERO.

Se la hará; ya lo ha intentado...

PABLO.

(Sí, á costa de mi bolsillo.) Y luego... que Blanca no le puede ver, ni en pintura.

SEVERO.

Le diré que no le dé su retrato y punto concluido.

PABLO.

Lo difícil seria encontrar quien quisiera retratarle.

SEVERO.

Búrlese Vd!... Si fuera uno de sus amigotes de Vd., le pareceria muy bien; pero es el hijo de un hombre que me ha dado mil pruebas de cariño, y le es á Vd. repulsivo. Es natural.

PABLO.

No, á mí no, á Blanca. No soy yo quien se ha de casar con él, estoy ya casado.

SEVERO.

Si fuera alguno de sus compañeros de libertinaje...

PABLO.

De libertinaje!... Querido suegro, vuelvo á decirle á Vd. que está loco.

SEVERO.

Y yo!... (Pálido de cólera.) Yo no quiero contestarle á Vd... porque podria decirle... Tendria mucho que decirle...

PABLO.

Hable Vd., hombre, hable Vd.!

SEVERO.

Que hable!... Que hable!... Me estoy ahogando!... Vd. me vá á matar... tiene ese propósito... Pero no lo conseguirá... ¡He de vivir cien años!

PABLO.

Ponga Vd. veinte más por cuenta mia.

SEVERO.

Ríase Vd... No me importa... Nada ha de conseguir!... Mi hija no se casará con ese títere! Voy á escribirle ahora mismo diciéndoselo.

PABLO.

Perfectamente! Aquí hay mesa, papel, tinta y una pluma de ganso.

SEVERO.

Caballero!... Caballero!...

PABLO.

(No puedo más! Ah! Voy á abrazar á Adela y esto me calmará. ¡Y este hombre es padre de aquel ángel!... Los fenómenos no se explican. (Váse.)

ESCENA VII.

D. SEVERO, luego D. PRUDENCIO y JUANITO.

SEVERO.
Infame! Miserable!... Vaya si le escribiré! (Escribe.) "Sr. D. Alfredo. Muy señor mio..." No; estas son muchas consideraciones.

PRUDENCIO.
Haz lo que te he dicho. Eres muy bruto, hijo de mi corazon.

JUANITO.
Pero, papá...

PRUDENCIO.
No saber hacer más que mirarla y chuparte el dedo.

JUANITO.
Si es tan guapa!...

PRUDENCIO.
Pues por eso no debes tú ser tan tonto.

SEVERO.
Ah! Eres tú? Sois vosotros? No temais, no faltaré á mi palabra. Ven acá, hijo mio. Tú serás mi yerno; nada me importa la fortuna ni la posicion, si he de faltar á mi palabra.

PRUDENCIO.
Cómo!

JUANITO.
Dios mio!

SEVERO.

Quieren seducirme con un partido brillante. Ese Alfredo ó demonios... Ahora verás, ahora verás... (Vuelve á sentarse á escribir.) Esto es.

PRUDENCIO.

Hijo mio, es preciso no descuidarse, menudear los obsequios.... Toma dos reales y compra un ramo á Blanca. Corre.

JUANITO.

Voy papá. (Medio mútis.) Papá, yo me muero si no me caso con ella.

PRUDENCIO,

Te casarás, hijo mio, te casarás.... Pobrecito de mi alma.

SEVERO.

Justo! Sí señor. (Escribiendo febrilmente.)

PRUDENCIO.

Ah! Escucha. (A Juanito.) Cuando vuelvas no digas nada á Blanca. La presentas el ramo sonriendo y nada más.

JUANITO.

Bien, papá. (Ensayando el ademan.)

PRUDENCIO.

Anda, hijo mio.

JUANITO.

Adios, papá; ádios, don Severo. (Váse.)

ESCENA VIII.

Don Prudencio.—Don Severo.

Severo.
Oye lo que le digo. (Levantándose y poniendo en órden cinco ó seis pliegos de papel que ha escrito durante la escena anterior.)

Prudencio.
Todo eso? No lo vá á leer

Severo.
Lo leerá...

Prudencio.
Bueno; pero, ¿qué le dices?

Severo.
Que mi hija se casará en la semana próxima con tu hijo.

Prudencio.
Entonces no necesito leer nada.

Severo.
Hazme el favor... Verás qué diplomacia!

Prudencio.
Vamos á perder un tiempo precioso! El llanto sobre el difunto.

Severo.
Tienes razon. (Doblando la carta y cerrándola.) Voy á enviarla en seguida. Pero siento que no la leas. Buscaré un mozo de cordel: los criados no me inspiran confianza.

Prudencio.
Tienes razon: aquí te espero.

SEVERO.

Aún podías leerla.

PRUDENCIO.

No, no es necesario.

ESCENA IX.

D. PRUDENCIO, PABLO y ADELA.

PRUDENCIO.

Y se morirá!... Dios mio!... (Sentándose en un sillon cerca de la chimenea, de modo que queda oculto y dando la espalda á toda la habitacion.) Lo que pueden las pasiones... Es necesario provocar un rompimiento definitivo... Mientras vivan en esta casa hay peligro de que se entiendan... Qué haria yo?

ADELA.

Pero, qué pasa?

PABLO.

Psht!... Calla... (Con misterio.) Ven... Ah! Gracias á Dios!

ADELA.

De qué?

PABLO.

Ah! Por fin estamos solos! (Cerrando las puertas.) Déjame que respire.

ADELA.

Qué tonto eres!...

PABLO.

Tonto!... y hace ocho dias que no puedo hablar contigo... Ven... Sentémonos... Tengo tantas cosas que decirte...

He concebido un plan: mejor dicho, lo he puesto por obra.

ADELA.

Un plan?

PABLO.

Sí; porque yo no puedo vivir de este modo. Te me tienen secuestrada. Este es el primer momento desde que llegaron tus padres, en que nos vemos á solas.

ADELA.

Pero...

PRUDENCIO.

Eso es! (Levantándose.)

ADELA.

(Viendo á Prudencio.) Ah! (Separándose.)

PABLO.

Esto no se puede sufrir! El suegro número veintiseis!

PRUDENCIO.

Ah! Estaban ustedes ahí!..

PABLO.

(Con despego.) No señor: estábamos en otra parte.

PRUDENCIO.

Sentiré haber molestado.

PABLO.

No señor; está usted en su casa!

ADELA.

Vamos, no te incomodes; si podemos seguir hablando.

PABLO.

No, vete; no sea que tu mamá te necesite. (Abre las puertas.)

ADELA.

Hijo, vas echando un génio...

PABLO.

Pero, hija mia!.. Tambien tú?

PRUDENCIO.

Si yo hubiera sabido. . .

CRIADO.

La señora mayor pregunta por la señora. (En la puerta.)

PABLO.

No digo?...

ADELA.

Voy... La pobre se fastidia sola... (Váse.)

PABLO.

Justo! Por eso quiere fastidiar á los demás.

ESCENA X

PABLO. — D. PRUDENCIO.

PRUDENCIO.

Querido Pablo,—permítame Vd. que le llame así,—¡en qué error tan grave está Vd.! Yo le conozco, sé que bajo una apariencia de despego, ocultá Vd. un corazon sensible...

PABLO.

Eh?

PRUDENCIO.

Y por qué siendo tan bondadoso para todos, se esfuerza Vd. en aparecer tan duro con los que tienen derecho á su cariño?

PABLO.

Pero, ¿qué está Vd. diciendo?

PRUDENCIO.

Mi pobre amigo Severo se me quejaba hace poco de esto y me decia: Yo bien sé que no obedece á los impulsos de su alma. Pero esas mujeres...

PABLO.

Mujeres! Esta gente me vá á volver loco! Decia eso mi suegro?

PRUDENCIO.

Sí; y me pintaba con negros colores el porvenir que á Vd. espera. La ruina, las deudas...

PABLO.

Amigo mio, mi suegro es un viejo estúpido y loco.

PRUDENCIO.

Ah! Tenga Vd. presente que Dios castiga á los hijos ingratos!

PABLO.

Ingrato! No hay duda: le debo tanto...

PRUDENCIO.

Ah! yo creo que tenia razon al decirme que es muy duro el pan que Vd. le hace comer, regado con sus lágrimas.

PABLO.

Si lo riega con sus lágrimas no puede estar duro.

PRUDENCIO.

No quiero calificar ese chiste.

PABLO.

Lo mejor que podria Vd. hacer seria no meterse en camisa de once varas.

PRUDENCIO.

(Bueno; ya se altera.) Caballero, ya que no por respeto á su señor padre político, debia Vd. contenerse mirando á mi edad, que es la suya, y á mis canas...

PABLO.

Qué, son tambien las suyas? Usan ustedes la misma peluca?

PRUDENCIO.

Caballero!

PABLO.

Me hace gracia! Se creen estos viejos inútiles que la edad y los achaques pueden reemplazar todas las buenas cualidades... Por qué han de ser buenos? Tienen una gastritis.... Indulgentes? Tienen reuma. Agradecidos! Cómo si padecen de gota?...

PRUDENCIO.

Ca... caballero!...

PABLO.

¡Necios, que se creen sábios porque llevan sesenta años de hacer tonterías; ilustrados, porque llevan sesenta años sin aprender nada; graciosos, porque en sesenta años no han dicho un chiste, como si un majadero se fundára para no

serlo, en que hacia sesenta años que empezó á cometer torpezas.

PRUDENCIO.
Caballero... Caballero...

ESCENA XI.

Dichos. ALFREDO, luego JUANITO con un ramo de flores en la mano.

ALFREDO.
Pablo de mi alma! (Abrazándole.)

PABLO.
Suegro número veintisiete!

ALFREDO.
Mira la carta que acabo de recibir.

PABLO.
Lo sé.

PRUDENCIO.
(Paseandose agitado.) Viejos inútiles! Tenga Vd. entendido...

ALFREDO.
Lo sabias y no me habias dicho nada?

PABLO.
(No sé por dónde escapar.)

ALFREDO.
Vamos, responde!

PABLO.
El padre del jóven Juanito. (Presentando á D. Prudencio.)

ALFREDO.
Ah!

PABLO.

(Que se arreglen ellos.)

PRUDENCIO.

Gastritis!... Reuma!... Yo que soy...

ALFREDO.

Conque su hijo de Vd. quiere arrebatarme la mano de Blanca? (Cogiendo antes de hablar á D. Prudencio del brazo y deteniéndole.)

PRUDENCIO.

Caballero! Yo no hablo con Vd!

PABLO.

Ten cuidado con sus canas.

ALFREDO.

Y Vd. cree que yo lo consentiré?

PRUDENCIO.

Hágame Vd. el favor de soltarme!

ALFREDO.

Dónde está su hijo de Vd.

JUANITO.

Ya estoy aquí, papá. (En la puerta.)

PABLO.

(Ahora me toca á mí divertirme!)

ALFREDO.

Gracias á Dios! Va Vd. á renunciar en este momento. (Examinándole y echándose á reir.) Pero... no es posible que tenga un lance con este tipo.

JUANITO.

Eh?

PRUDENCIO.

Hijo mio, ten calma.

JUANITO.

Tipo!.. Papá, me ha llamado tipo! Se batirá Vd. conmigo.

ALFREDO.

Pero yo no he de ceder, aunque tuviera que poner fuego á la casa.

PABLO.

Un demonio!

JUANITO.

Tóme Vd. (Sacando uua tarjeta.)

ALFREDO.

Vaya Vd. al diablo. (Cogiéndola y tirándola.)

JUANITO.

Nos batiremos.

ALFREDO.

Déjeme Vd. en paz.

JUANITO.

No? Ahora veremos! (Le tira el ramo á la cara.)

ALFREDO.

(A Juanito.) Insolente!

PRUDENCIO.

Juanito!... Por Dios!...

PABLO.

Eh!... Señores! Que están Vds. en mi casa.

PRUDENCIO.

Vd. tiene la culpa de todo.

ALFREDO.

Se ha empeñado en ello! Le mataré.

ESCENA XII.

Dichos, Don Severo, Doña Cándida, Adela. Blanca.

Prudencio.
Matar á mi hijo!...

Juanito.
Tipo, eh?

Severo.
Matar al hijo de mi amigo?...

Pablo.
(Se cayó la casa.)

Adela.
¿Qué sucede?

Prudencio.
Hé aquí el hombre que este señor queria darte por yerno!...

Alfredo.
Caballero! Yo le ruego á Vd... (A Don Severo.)

Prudencio.
Un duelista, un espadachin!

Severo.
Salga Vd., caballero! (A Alfredo.)

Blanca.
Papá... por Dios!

Alfredo.
Señorita, ruéguele Vd...

Cándida.
No le hables!

SEVERO.

Te prohibo contestar.

ALFREDO.

Pero es que yo la quiero con todo mi corazon!

SEVERO.

Salga Vd., he dicho. (A Alfredo.) Caballero... (A Pablo.) Hágale Vd. salir... ó maldigo á mi hija.

ADELA.

Papá!...

ALFREDO.

Basta! Me voy, pero volveré. Adios, Blanca... Adios, Pablo!

CÁNDIDA.

Infame!

SEVERO.

Ah! Con que volverá? Pues bien, yo le probaré á él y á todo el mundo que, aunque mantenido de caridad, soy el padre de mi hija.—Blanca: abraza á tu futuro esposo.

BLANCA.

Nunca!

PABLO.

Muy bien! (Se me escapó.)

ADELA.

Qué dices ?

SEVERO.

Cómo es eso? Abrace Vd. á Juanito.

CÁNDIDA.

Obedezca Vd. á su papá.

BLANCA.

No puedo... Yo no quiero á Juanito... No le puedo querer... Le ódio... le abomino! (Váse.)

JUANITO.

Ay, Dios mio de mi alma! (Llorando.)

SEVERO.

Hé aquí su obra de Vd.! (A Pablo.)

CÁNDIDA.

Sí... sí... Vd. tiene la culpa de todo!

PABLO.

Ah! Con que yo... Julian!

ADELA.

Ten calma... Ya ves cómo están!...

PRUDENCIO.

Usted!... que sabe Dios con qué miras...

JUANITO.

Le mataré! (Saliendo precipitadamente.)

PRUDENCIO.

Ah! No tiene Vd. conciencia! Hijo mio! (Váse.)

PABLO.

Vaya, que Vds. se alivien!... Julian! (Al criado que sale.) Que me pongan el carruaje.

ESCENA XIII.

ADELA, DOÑA CANDIDA, D. SEVERO, PABLO.

SEVERO.

Sí, huya Vd... huya Vd!...

PABLO.

Cómo!

CÁNDIDA.

Los remordimientos...

ADELA.

Vamos, tranquilícense Vds.

SEVERO.

Tú le defiendes!...

ADELA.

Por qué no?

CÁNDIDA.

Es su deber siempre y á pesar de todo...

SEVERO.

Si tú supieras!...

CÁNDIDA.

Si tú supieras!...

PABLO.

Qué ha de saber? Lo que Vds. son? Bien se conoce que lo tiene olvidado!

SEVERO.

Tenga Vd. consideracion á mi señora.

PABLO.

Vd. y su señora...

CÁNDIDA.

Llegará á insultarnos!

SEVERO.

Ah! Nos injuria Vd.? Nos desafia... Sabiendo que estamos enterados de todas sus infamias... de todas...

CÁNDIDA.

(Sollozando.) ¡Hija de mi corazon!

ADELA.

Pero por Dios, qué es esto?

PABLO.

Sí, sepamos qué saben Vds.

CÁNDIDA.

Qué desgraciada eres!...

PABLO.

Alguna nueva infamia!

SEVERO.

Es demasiado! Basta de prudencia! Yo pensaba haberle aconsejado á Vd..... haber procurado traerle al buen camino... Todo ha sido inútil.

CÁNDIDA.

Sí... sí...

SEVERO.

El más tonto conoceria que Vd. procura un rompimiento para librarse de su mujer, para ir á vivir con esa señora á quién ha comprado un hotel, y con la que pasea por el jardin todas las tardes.

ADELA.

Dios mio! Pablo!...

CÁNDIDA.

Sí, hija mia, sí... Tenemos pruebas... Por eso quiero separarnos... para matarte á disgustos!...

PABLO.

Oh! (Con indignacion.)

ADELA.

Madre de mi alma! (Cayendo en un sofá llorando.)

PABLO.

Y ustedes son padres!

SEVERO.
Por eso, por eso!

CÁNDIDA.
Sí... sí... Mi hija se pone mala!

PABLO.
Venga usted aquí! (Cogiendo á D. Severo de un brazo, llevándole á la puerta derecha y encerrándole.)

SEVERO.
Qué va Vd. á hacer?

PABLO.
Ahora Vd., señora! (Haciendo lo mismo con doña Cándida, á la puerta izquierda.)

CÁNDIDA.
Ay! Caballero! No me toque usted!

PABLO.
Hágame Vd. el favor de entrar aquí.

CÁNDIDA.
Voy, voy, pero no me toque usted!

ESCENA XIV

PABLO.—ADELA, luego BLANCA.—CRIADOS

CRIADO.
El coche está servido.

PABLO.
Ayúdame á bajar á la señora.

BLANCA.
Qué esto? Hermana mia!

PABLO.
No tengas cuidado... No corre peligro;
Me la llevo á otra casa.

BLANCA.

Y yo?

PABLO.

Quieres venirte?

BLANCA.

Sí.

PABLO.

Pues andando.

DONCELLA.

Pero la señorita necesitará...

CRIADO.

Yo... si el señor quisiera...

PABLO.

Os llevo á todos... Ayudadme. (Todos ayudan á pablo á llevar á Adela que sigue desmayada.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. SEVERO, DOÑA CÁNDIDA, encerrados.

SEVERO.

Caballero !

CÁNDIDA.

Abra Vd., por Dios!

SEVERO.

Reclamaré á los tribunales!

CÁNDIDA.

Que voy á pedir socorro!... (Las voces de D. Severo y Doña Cándida deben oirse á la vez que los demás personajes salen de escena llevando á Adela desmayada.)

TELON RÁPIDO.

ACTO TERCERO.

Salon elegante, muebles en desórden. Dos sillones viejos, una mesa chimenea.

ESCENA PRIMERA.

Adela durmiendo en un sillon: Blanca en otro, y Pablo en un divan. La Doncella que entra despues.—Pausa.

Doncella.
Duermen todavía?... (Acercándose á Pablo y llamándole en voz baja.) Señor!... Señor!..

Pablo.
Eh?

Adela.
Qué es eso?..,

Doncella.
Han dado las diez...

Pablo.
Demonio!...

Adela.
Cómo nos hemos dormido!...

PABLO.

Vida de campaña... Cómo estarás, hija mia!...

ADELA.

Qué habrá sucedido en casa!...

PABLO.

En casa de tus padres?... Nada.

DONCELLA.

Los señores van á desayunarse?...

PABLO.

Es verdad... Sí, haznos chocolate.

DONCELLA.

Que lo haga? Y dónde?

PABLO.

Dónde? Vaya una pregunta!... En la chocolatera!...

DONCELLA.

Pero como no hay...

ADELA.

Es verdad.

PABLO.

No me acordaba... Nada, que lo traigan de cualquier parte.

DONCELLA.

Está bien. (Váse.)

PABLO.

No dirás que no tenia bien previstas las necesidades de aquella señora...

ADELA.

No digas eso, porque ni en broma me gusta.

PABLO.

Y gracias á que hemos podido enccnder la chimenea!...

ADELA.

Y Blanca?

PABLO.

Mírala como duerme.

ADELA.

Pobre muchacha!

PABLO.

Lo mismo que nosotros. Cómo se conoce que no están aquí tus cariñosos papás!...

ADELA.

Pablo!...

PABLO.

No señor, no callaré. ¿Aún no estás convencida? No tardaste tanto en creer que yo era infiel.

ADELA.

Pero ya ves qué pronto me he desengañado.

PABLO.

La prueba ha sido tan terminante..! Este es el hotel; has visto la escritura de venta hecha á nombre de tus padres; ves que aun está sin amueblar...

ADELA.

Fuí muy crédula...

PABLO.

Y volverías á serlo en igual caso. Por eso yo evitaré que se repita. ¿No te parece mentira vernos solos?

ADELA.

Sí...

PABLO.

Poder oirme que te quiero como un tonto...

ADELA.

Tonto!...

PABLO.

Ves? Si se te conoce en la cara!.. Cuando tú me dices "¡tonto!" es que estás muy contenta.—Anda, dímelo otra vez.

ADELA.

No seas tonto.

PABLO.

No, así no... Mira que si te resistes te doy un...

ADELA.

Tonto!.. (Volviéndose hácia donde está Blanca y tapando lá boca á Pablo.) Que no estamos solos...

PABLO.

Es verdad!...(Qué desgraciada debe ser la Santísima Trinidad!...)

DONCELLA.

Señor, esta tarjeta... (Entrando.)

ADELA.

De quién?...

PABLO.

De Alfredo... Insoportable!...

DONCELLA.

Ha estado ya dos veces.

BLANCA.

Ah! Buenos dias. (Despertando.)

PABLO.

Qué pronto ha despertado!...

ADELA.

¿Qué tal has pasado la noche?

PABLO.

Dígale Vd. que pase. (Sale la doncella.)

BLANCA.

Muy bien. He soñado más!...

PABLO.

Con quién?...

BLANCA.

Con papá y con mamá...

ADELA.

Pobrecillos!...

PABLO.

Hijos de mi corazon!...

ESCENA II.

DICHOS.—ALFREDO.

ALFREDO.

Se puede pasar?

BLANCA.

Ah!... (Levantándose.)

ALFREDO.

Cómo está Vd.? (A Adela.) Y Blanca. (Dando á esta la mano.) Gracias á Dios que se ha abierto el castillo encantado..? Habeis huido?...

PABLO.

He apelado á ese heróico recurso...

ADELA.

Un acaloramiento... Tiene un génio!...

PABLO.
Quién!

ADELA.
Tú.

PABLO.
Ah! Yo?... Sí, tienes razon... (Alfredo enseña una carta á Blanca, sin hacer caso de la conversacion.) Has visto? Todavía...

ADELA.
La verdad. Verás cómo Alfredo es de mi misma opinion. No es así?

ALFREDO.
Indudablemente.

PABLO.
Sólo esto me faltaba!... (Viendo la carta que enseñó Alfredo, que está vuelto de espaldas, y quitándosela.) Está bien... Ya me enteraré.

ALFREDO.
Eh!... Pero eso es..,

ADELA.
Qué te pasa?

PABLO.
Nada... Verdad, hija mia, que no pasa nada? (A Blanca.)

BLANCA.
Nada!... Yo no... (De muy mal humor.)

PABLO.
Tú has estado en casa... Qué ocurre por allí? (Colocándose entre Alfredo y Blanca.)

ALFREDO.
Nada. Venia á hablarte de eso; pero ya no pasa nada. (La doncella seguida de un mozo que trae servidos tres chocolates.)

DONCELLA.

Aquí.

MOZO.

Tengan ustedes buenos dias...

PABLO.

Hombre, el chocolate!... Trae. (Sirve el chocolate á Adela.) Toma.

ADELA.

Dáme unos bizcochos.

PABLO.

Usted, señorita! (A Blanca, dándole él cho colate.)

BLANCA.

No, no tengo gana...

PABLO.

Quieres té?...

BLANCA.

No.

ADELA.

Pero te vás á estar en ayunas?

BLANCA.

No tengo apetito.

PABLO.

Vamos, ya lo comprendo. No quieres tú chocolate? (A Alfredo.)

ALFREDO.

Muchas gracias...

ADELA.

Pero iba Vd. á decir...

ALFREDO.

Señora!...

PABLO.

Habla ó te retiro mi proteccion... Así

aprenderás á no pretender burlarte de mí.

BLANCA.

Ya puede Vd. hablar. (Acercándose con disimulo y quitando la carta á Pablo.)

PABLO.

Muy bien, señorita, muy bien.

ALFREDO.

Qué mona es!... No la riñas.

ADELA.

Pero acaba Vd!...

PABLO.

Vaya un par de títeres! (Cogiendo un chocolate.)

ALFREDO.

Pues bien, sus papás de Vd. están furiosos. Tratan de entablar una demanda judicial contra Pablo.

ADELA.

Dios mio!

PABLO.

Demonio!

ADELA.

Eso no es posible.

ALFREDO.

Al ménos ese es su proyecto... Conocen el sitio á donde han venido Vds., y no dudo que vendrán...

ADELA.

Cuánto lo deseo!...

PABLO.

Qué vendrán? Tomemos el chocolate ántes de que vengan... Vamos, Blanca.

BLANCA.

Si no tengo gana...

PABLO.

No? Pues yo sí. Por fin voy á comer con tranquilidad.—¿Quieres una sopa? (A Adela.)

DONCELLA.

Señorito... Ahí están... (Entrando precipitadamente.)

ADELA.

Qué?...

ALFREDO.

Cómo?...

PABLO.

Quién?

DONCELLA.

Los papás de la señorita.

PABLO.

He debido preverlo; soy un nécio. (Comiendose la sopa que ofrecia á Adela.)

ADELA.

Voy...

BLANCA.

Papá!...

PABLO.

Chist!... Despacio... Ya los vereis. Antes necesito saber sus propósitos... Despues de la encerrona deben venir desatados...

ADELA.

Pero ya comprendes que yo no puedo dejar de verlos.

BLANCA.

Es claro.

ALFREDO.

Es claro.

PABLO.

(Hay que ponerse una vez formal.) Tú harás lo que quieras, hija mia; (á Adela) pero ten presente que tu conducta me hará entender por quién optas entre ellos y yo.

ADELA.

Eso es una crueldad.

PABLO.

Necesaria. Déjame hablar primero con ellos y luego los verás.—Tú haz lo que quieras. (A Blanca.) Tal vez venga tambien don Prudencio, y acaso Juanito.

BLANCA.

Entonces...

DONCELLA.

¿Qué digo á los señores?

PABLO.

Que pasen. Vamos adentro, y decidiremos. Esta es la única habitacion amueblada de la casa. Vamos.

ADELA.

Vamos.

ALFREDO.

Vamos. (Yéndose detrás de Blanca y Adela.)

PABLO.

No. Tú á la calle. Mi mujer no es tan lista como yo. Anda aprisa.

ESCENA III

La Doncella—D. Severo —D.ª Cándida.

Doncella.
Aquí, pasen ustedes.

Severo.
No hay nadie...

Cándida.
Hijas de mi corazon! (Llorando.)

Severo.
Prudencia: déjame hablar.
(Pausa.)

Cándida.
Severo: tengo un terrible presentimiento.

Severo.
Dios mio!

Cándida.
Este desarreglo... No sientes una impresion de terror? Parece que aquí se haya cometido un crímen...

Severo.
Me haces temblar...

Cándida.
Ah! Un pañuelo manchado de sangre!..
(Cogiendo una servilleta que Pablo ha dejado encima de un mueble.)

Severo.
Será de las narices...

Cándida.
No. Dios mio!... Pobre hija mia!...

SEVERO.
Calla, por Dios!... no seamos tambien víctimas...

CÁNDIDA.
Es verdad. Toma. (Dándole la servilleta.) Guárdalo para que no se entere de que lo hemos visto.

SEVERO.
Mujer, si esto es chocolate. (Despues de mírar la servilleta.)

CÁNDIDA.
No importa, guárdalo.

ESCENA IV.

Dichos, PABLO.

PABLO.
Oh!... señor don Severo!... (Con extremado cariño.) ¡Queridísima suegra, cuánto celebro!

SEVERO.
Èh!...

PABLO.
Háganme Vds. el favor de sentarse. (Adelanta una butaca donde se sienta don Severo y ofrece una silla á doña Cándida, pero la retira y adelanta otro sillon.) Aquí... Ah! Perdone Vd.; esto es mejor.

SEVERO.
Ejem! (Mirando á Doña Cándida y tosiendo.)

PABLO.
Ah! Me olvidaba... (Pone un taburete á los piés de Doña Cándida. Esta mira á D. Severo,

que vuelve á toser.) Hace aquí demasiado calor. (Despliega la pantalla de la chimenea.) Quiere Vd. que abra un balcon? (A Doña Cándida.)

SEVERO.

Caballero, es Vd. un impertinente, y yo no tolero las burlas. Beso á Vd. la mano.

CÁNDIDA.

Beso á Vd. la mano. (Levantándose tambien y siguiendo á D. Severo.)

PABLO.

Como Vds. quieran..... (Siguiéndoles.) Adios, queridos papás... Adios, queridísima suegra. (Vuelve á entrar.) No creí que me saliera tan barato. Cuestion concluida... Ahora vamos...

(D. Severo entrando seguido de doña Cándida.)

SEVERO.

Pero no logrará Vd. su objeto.

PABLO.

(Golpe en vago.)

CÁNDIDA.

No señor.

PABLO.

(Son de los que recargan....) Bien.... Como ustedes gusten; pero háganme el favor de tomar asiento.

SEVERO.

Estamos muy bien.

CÁNDIDA.

No hace falta.

SEVERO.

Esté Vd. á las consecuencias...

CÁNDIDA.
Que serán terribles!

SEVERO.
Quede Vd. con Dios!...

CÁNDIDA.
Abur!

SEVERO.
Qué ingratitud!

CÁNDIDA.
Qué infamia!
(Vánse precipitadamente.)

ESCENA V.

PABLO, luego D. PRUDENCIO y ALFREDO.

PABLO.
Están locos..... Aunque el haberme traido á Blanca ha sido una ligereza... Mejor; por lo mismo me defenderé más..... ¡Secuestro de menor!..... No; suegricidio vá á ser mi crímen... Pero estoy libre de ellos definitivamente... Soy dueño de mi casa... Nadie vendrá á turbar mi tranquilidad...

PRUDENCIO.
Se puede pasar?

ALFREDO.
Los he visto salir.

PABLO.
No estoy en casa.

PRUDENCIO.
Señor D. Pablo!...

PABLO.

Pero hombre, es Vd.! Se atreve Vd. á venir aquí?

PRUDENCIO.

Perdone Vd., pero...

ALFREDO.

Qué apreciable familia!

PABLO.

Usted que es el génio malo de mi hogar, por quien he estado á punto de perder á mi Adela!...

ALFREDO.

Y yo á mi Blanca...

PRUDENCIO.

Señor D. Alfredo... Sr. D. Pablo... Yo vengo á cumplir un deber sagrado... La vida de mi hijo peligra...

PABLO.

Y á mí qué me cuenta Vd.?

PRUDENCIO.

La humanidad, la compasion...

PABLO.

No tengo suelto.

PRUDENCIO.

Es preciso evitar un duelo...

ALFREDO.

Encomiende Vd. el arreglo á Santa Rita, que es abogada de los imposibles.

PABLO.

Pues para qué le sirven á Vd. las canas?

PRUDENCIO.

Caballero, es Vd. poco generoso.

PABLO.

Eso consiste en que tengo el pelo negro.

PRUDENCIO.

Mi hijo! Mi pobre Juanito!... El, que no ha cogido en su vida un arma...

ALFREDO.

Alguna vez habia de ser la primera.

PRUDENCIO.

Es que yo estoy dispuesto á aceptar todas las condiciones...

ALFREDO.

No hay más que una.

PABLO.

Yo no me meto á procurador de nadie.

PRUDENCIO.

Cuál es?

ALFREDO.

Que su hijo de Vd. renuncie á la mano de Blanca.

PRUDENCIO.

Renunciará.

ALFREDO.

Oyes? Renunciará!... (Abrazando á Pablo.

PABLO.

A mí qué me importa?

ALFREDO.

Caballero!... (A Prudencio.) Cuente Vd. con mi eterna gratitud... Pero, eso es promesa formal?

PRUDENCIO.

Pida Vd. las garantías que quiera.

ALFREDO.

Bien sencillo es: Encárgueme Vd. de

ser el portador de una carta dirigida á D. Severo, en la que le comunique Vd. su resolucion. Aquí hay tintero y papel...

PRUDENCIO.

Pero, Vd. no se batirá con mi hijo...

ALFREDO.

Tiene Vd. mi palabra.

PABLO.

Ja! ja! ja!

ALFREDO.

De qué te ries?

PABLO.

De tí.

ALFREDO.

Por qué?

PABLO.

Por que eres tonto... De qué te servirá la carta del señor, si su hijo insiste?

PRUDENCIO.

Me juzga Vd. capaz?...

PABLO.

De todo.

PRUDENCIO.

Pues bien; yo probaré que se equivoca usted. Juanito firmará la carta.

ALFREDO.

Oh! Es Vd. un hombre de honor... (Abrazando á D. Prudencio.) Y tú un hombre de talento!... (Idem á Pablo.)

PRUDENCIO.

Gracias, amigo mio; Vd. me comprende!...

PABLO.

Dale con abrazar!... (Rechazàndole)

ALFREDO.

Y está Vd. seguro de que su apreciable hijo firmará?...

PRUDENCIO.

Soy padre, caballero.

ESCENA VI.

Dichos JUANITO, con levita abrochada. Entra sin quitarse el sombrero.

JUANITO.

Ya sabia yo que estaria Vd. en esta casa!

PRUDENCIO.

Qué vienes tú á hacer aquí?

PABLO.

Tableau.

JUANITO.

Caballero, Vd. me tiró ayer un ramo á la cara. He consultado á varios amigos, y todos convienen en que esa ofensa no se lava mas que con sangre.

PRUDENCIO.

Juanito!

ALFREDO.

Caballero!..... Usted me explicará..... (A Prudencio.)

PRUDENCIO.

Juanito!.. Hazme el favor de callarte!..

PABLO.

Vamos, ahora es ocasion de demostrar que es Vd. padre.

PRUDENCIO.

Lo demostraré. —Hijo mio, no seas mamarracho... y empieza por quitarte el sombrero.

PABLO.

Nó, déjele Vd. Aquí somos todos de confianza.

JUANITO.

Bien; pero yo necesito lavar mi afrenta. Mi cara pide sangre!...

PABLO.

Bonita se pondria.

PRUDENCIO.

Juanito... Tú eres quien tiene que dar satisfaccion á este caballero.

JUANITO.

Yo!... Papá, me ha insultado!...

PRUDENCIO.

Eso no importa!

JUANITO.

Ah! Conque no importa?

PRUDENCIO.

No señor. Tú no entiendes de eso...

JUANITO.

Pues quiero batirme!

ALFREDO.

Ya vé Vd. que es necesario darle gusto.

JUANITO.

Sí, señor.

PRUDENCIO.

Quieres callarte?

PABLO.

Qué obediencia!...

PRUDENCIO.

Háganme Vds. el favor de dejarme solo con él cinco minutos.

ALFREDO.

Perdone Vd... pero

PRUDENCIO.

Se lo ruego á Vd... Está acalorado. Cinco minutos nada más, y él dará explicaciones.

JUANITO.

Nunca.

ALFREDO.

Cinco minutos? Sea. Vamos, Pablo.

PABLO.

(Y para esto he robado á mi mujer!)

ESCENA VII.

D. PRUDENCIO, JUANITO.

JUANITO.

Porque él es de Madrid se cree que.... Pues yo soy de Palencia.

PRUDENCIO.

Ven acá, hijo mio. Tu matrimonio con la hija de D. Severo es imposible; convéncete. Ella no te quiere: bien claro te lo dijo ayer.

JUANITO.

Es verdad... (Llorando. Pero por lo mismo quiero matar á su novio.

PRUDENCIO.

Para que te ódie más... Eso es una necedad... Vas á firmar esta carta.

JUANITO.

Nunca!

PRUDENCIO.

Figúrate mi dolor si te matára! Hazlo por tu padre.

JUANITO.

No puede ser; me ha faltado!

PRUDENCIO.

Te daré cinco duros.

JUANITO.

Papá... yo me debo batir..!

PRUDENCIO.

Te compraré un caballo.

JUANITO.

¿Inglés?

PRUDENCIO.

Sí; con un rabo muy corto y un cuello muy largo.

JUANITO.

No, á mí me gustan con la cola larga.

PRUDENCIO.

(Estará bonito!) Sí, tienes razon... Me parece muy bien... Vaya... ya está. Firma.

JUANITO.

Pues déme Vd. los cinco duros.

PRUDENCIO.
Entonces no te compro el caballo.

JUANITO.
Sí señor. Me ha prometido Vd. las dos cosas.

PRUDENCIO.
No; te he dado á elegir.

ESCENA VIII.

Dichos.—PABLO, ALFREDO, despues JUAN.

ALFREDO.
Han pasado los cinco minutos.

PRUDENCIO.
Firma.

JUANITO.
Déme Vd. los cinco duros.

PRUDENCIO.
Toma.

JUANITO.
¿Y me comprará Vd. el caballo?..

ALFREDO.
Pero sepamos á qué atenernos!...

PRUDENCIO.
Te lo compraré.

JUANITO.
Qué tono me voy á dar en la Castellana!... (Firmando.)

PRUDENCIO.
Con tal de que no salgas por las orejas... (Recoje la carta y la entrega á Alfredo.) Tome Vd. He cumplido mi palabra...

Espero que Vd. modificará su opinion. (A Pablo.)

JUAN.

(Entrando.) Señor... que vienen... Los papás de la señorita...

PRUDENCIO.

Ah! Ya comprenderá Vd. que yo no puedo verlos en este momento.

PABLO.

Otra vez!... Pues no hay más salida.

PRUDENCIO.

Ven, hijo mio, por aquí.

PABLO.

Un demonio!.... que por ahí está mi mujer!

ALFREDO.

Vengan ustedes.

PABLO.

No; quédate, porque puedes hacer falta á tus futuros papás. Ustedes por aquí.

PRUDENCIO.

Gracias! (Entran Prudencio y Juanito, primera lateral derecha.)

ESCENA IX

PABLO, ALFREDO, DON SEVERO, DOÑA CANDIDA.

SEVERO.

Muy buenos dias.

CÁNDIDA.

Buenos dias.

PABLO.

Felices.

ALFREDO.

Buenos dias. (Pausa.) Pero, ¿no quieren ustedes sentarse? (Les pone asientos. Los suegros se miran consultándose si se sentarán.)

SEVERO.

Gracias. (Sentándose.)

CÁNDIDA.

No hay de qué...

SEVERO.

Eh?

CÁNDIDA.

No... Me he equivocado...

ALFREDO.

Es lo mismo.

(Pausa.)

(D. Severo y Doña Cándida se miran con inquietud.)

Díles algo. (A Pablo.)

PABLO.

Yo no.

ALFREDO.

Pues si ellos hacen lo mismo...

PABLO.

No lo creas. Están haciendo coraje.

CÁNDIDA.

Si no hablas tú, hablaré yo.

SEVERO.

Voy. Caballero... A pesar del modo ignominioso con que Vd. nos ha arrojado antes de esta casa...

ALFREDO.

Pero...

CÁNDIDA.
Sí señor; nos ha arrojado, en medio de la más sangrienta burla.

PABLO.
Adelante.

CÁNDIDA.
Qué hombre!

SEVERO.
Perdone Vd. á mi señora si interrumpe mi discurso... Está herida en lo más profundo del alma.

CÁNDIDA.
Sí... sí...

SEVERO.
Los hombres sabemos dominarnos mejor.

PABLO.
Me consta. Siga Vd.

SEVERO.
Pues bien; á pesar de la conducta de usted, no podemos olvidar que hemos comido su pan, muy amargo...

CÁNDIDA.
Sí... sí...

SEVERO.
Pero...

PABLO.
Siga Vd.

SEVERO.
No podemos olvidar que es Vd. el marido de nuestra hija.

CÁNDIDA.

Hija mia! Y todavía quiere á este hombre!...

SEVERO.

Ah!...

CÁNDIDA.

Nuestra es la culpa. La decíamos en todas las cartas: "Quiere mucho á tu marido," y ella...

SEVERO.

He sido imprudente, lo confieso... porque desde el primer dia, caballero, desde el primer dia debí conocer á Vd... Apenas habia pasado un mes de su matrimonio, la sacó Vd. de nuestra casa y la trajo á Madrid... á ciento veinte leguas de distancia...

CÁNDIDA.

Y en ferro-carril!...

ALFREDO.

Pero cálmese Vd. (A doña Cándida.)

CÁNDIDA.

Déjeme Vd.

PABLO.

Siga Vd., querido papá suegro....

SEVERO.

No dijimos una palabra, al contrario, cuando una desgracia horrible cayó sobre nosotros, vinimos á entregarnos á usted, confiándole cuanto nos quedaba, mirando su casa como un asilo.

CÁNDIDA.

Sí... sí... Y Vd...

SEVERO.

Y Vd...

PABLO.

Qué?...

SEVERO.

Cómo qué? Cain, qué has hecho de tu hermano?

PABLO.

Ja! ja! ja!

CÁNDIDA.

Se rie!...

SEVERO.

Ria Vd., ria Vd... pero entre tanto y mientras llega la justicia de Dios, tema usted la de los hombres. Aquí, aquí está. "Usurpacion de autoridad paterna..." "Secuestro de menor..."

PABLO.

Secuestro de menor!...

CÁNDIDA.

Sí, secuestro... Lo sabemos bien. Hemos pasado la noche estudiando este libro... El dia nos ha sorprendido sentados en la cama y con el Código en la mano.

PABLO.

Conque secuestro!...

SEVERO.

Sí señor... Porque si Blanca estuviera libre...

CÁNDIDA.

Hubiera corrido á nuestro lado. Aun

encerrada hubiera saltado por la ventana.

SEVERO.
No ha saltado... luego está encerrada en una cueva.

ALFREDO.
No; eso perdone Vd....

SEVERO.
Caballero, agradezca Vd. que toleramos su presencia, y no se meta en lo que no le importa...

ALFREDO.
Cómo que no me importa?..... Oyes? (A Pablo.)

CÁNDIDA.
No señor, no le importa á Vd.!

ALFREDO.
Perdone Vd.... porque Blanca será mi mujer; vea Vd. si me importa.

SEVERO.
Primero la mataria. Blanca tiene ya empeñada su palabra.

PABLO.
La suya no, la de Vd.

CÁNDIDA.
Lo mismo dá.

ALFREDO.
Está Vd. en un error.

PABLO.
Pero acabemos. ¿Qué quieren Vds?... ¿A qué han venido Vds?...

SEVERO.
Por nuestras hijas.

PABLO.

Adela... Blanca... Salid.

CÁNDIDA:

Por fin triunfamos!

ESCENA IX.

Dichos.—ADELA. BLANCA.

ADELA.

(Echándose en brazos de su madre.) Madre mia!...

CÁNDIDA.

(Estrechándola con fuerza.) Hija de mi corazon!...

BLANCA.

Papá!..

SEVERO.

(Lloriqueando.) Ah!... Dios mio!...

CÁNDIDA.

Vamos...

SEVERO.

Ven, hija mia... (A Blanca) Tierno cordero preso en las redes del lobo... Dentro de ocho dias te casarás con Juanito.

ALFREDO.

Imposible.

CÁNDIDA.

Calle Vd...

SEVERO.

Mi palabra está empeñada!

ALFREDO.

Pues aquí tiene Vd. la papeleta.

CÁNDIDA.

Cómo?

SEVERO.

Que don Prudencio (Leyendo.) desiste del matrimonio...

PABLO.

Ahí verá Vd.

CÁNDIDA.

Imposible!

SEVERO.

Esto es apócrifo!... Una falsificacion... Cielos! A qué extremo llegan los hombres!...

ALFREDO.

Falsificacion! Si no miráraa... (Abre la puerta por donde entraron D. Prudencio y su hijo.) D. Prudencio! Juanito!

CÁNDIDA.

Eh?

SEVERO.

Qué significa?

ALFREDO.

(Acompañado de D. Prudencio y su hijo.) Es esto una falsificacion? (Enseñándole la carta.) Vamos, hablen Vds.

PRUDENCIO.

(A D. Severo.) Yo te explicaré.

SEVERO.

Ah! Con que es verdad?

PRUDENCIO.

Tú eres padre, y comprenderás...

SEVERO.

Ni una palabra.

PRUDENCIO.

Pero...

SEVERO.

Es natural. Tú tambien has respirado el aire ponzoñoso de esta casa. Vamos. no podemos estar un momento más en ella.

ADELA.

Pero papá, si es la tuya!...

CÁNDIDA.

Qué!...

ADELA.

Sí, mirad la escritura de compra.

SEVERO.

"A don Severo..." (Leyendo.) !Pues no me digiste que era para una mujer?

PRUDENCIO.

Yo te explicaré...

ADELA.

Basta de explicaciones. Todos hemos cometido errores... Verdad, Pablo.

PABLO.

Con efecto, todos hemos...

SEVERO.

Querido yerno, confesar las faltas es borrarlas... La juventud, la inexperiencia... Acaso yo mismo he...

PABLO.

Usted!... Qué idea!...

PRUDENCIO.

Vámonos, Juanito.

JUANITO.

Papá, si no fuera por el caballo.

(Mutis foro.)

ALFREDO.

Pero yo...

SEVERO.

Qué remedio?... Eh? (Consultando á Doña Cándida.)

BLANCA.

(Dios mio, que diga que sí).

CÁNDIDA.

Pshc!... Siempre que viva con nosotros... Esta casa es bastante capaz....

SEVERO.

No; pienso cambiarla por una en Astudillo.

PABLO.

Es una gran idea!

ALFREDO.

Querida Blanca... Querida suegra... Querido suegro!...

PABLO.

No iremos á Astudillo, verdad? (Abrazando á hurtadillas á Adela.

ADELA.

No.

SEVERO.

Ven aquí, hija mia, y que Dios os haga felices. (A Blanca.) Qué hermoso cuadro!... (Viendo á Pablo y á Adela.) Desengáñate, Pablo, no hay más verdad que la familia.

PABLO.

Es verdad. (Yo pienso hacermela pronto.)

ADELA.

(Al público.)

Tras de tantos sinsabores,
aún puede haberlos mayores
si este discreto auditorio
no perdona á los autores
LAS PENAS DEL PURGATORIO.
